



12.11.2010

Críticas

Aita ****

José María de Orbe huye de su aparente engolamiento para contarnos la historia de una casa.

EL MAL LLAMADO "cine de la extrañeza", ese cajón de sastre donde parece que todo cabe, ha alumbrado a un buen puñado de timadores. Individuos convencidos de su propia genialidad, de que dejar la cámara en plano fijo durante 20 minutos significa que saben de qué va esto del cine, de que filmar la incomunicación es prueba irrefutable de verdad cinematográfica. **Por suerte con Aita, José María de Orbe huye del engolamiento que parecen sugerir sus imágenes para contarnos, con bastante más clasicismo del que aparenta, la historia de una casa.** Entre sus paredes habitan secretos, obsesiones y movidas vitales varias que medio salen a la luz gracias a tres o cuatro conversaciones abruptas, algún chascarrillo -hay humor- cogido al vuelo y muchas, muchas imágenes sugeridas, intuidas casi sin quererlo. **Y es que será el espectador quien deba completar a su antojo el vaivén de sensaciones propuestas por De Orbe:** esas entradas y salidas, los ladrones despistados, las ventanas comidas por la hiedra, los vídeos del pasado -con un tratamiento demasiado parecido al *Tren de sombras*, de **Guerín**-, el peso de los recuerdos, la herencia familiar, los ancestros que jamás se olvidan? Y sí, le colgarán enseguida la siempre pesada y facilona etiqueta de extrañeza, del latazo. Bueno, pues de latazo nada y dejemos que lo extraño fluya, que sedimente como el delta de un río, como las enseñanzas de ese padre del título cuyo rastro invisible debemos intuir entre las sombras de los habitantes de esa casa deshabitada.

TONI VALL